

CAPITULO XXXIV.

Sacrificios inútiles.



La conquista de Málaga había decidido la suerte de Granada.

Todas las miras de los reyes se consagraron á poseer esta riquísima joya, que aún se hallaba en poder de los musulmanes.

A pesar de la terrible peste que había afligido en el año anterior á la comarca, y de la escasez, de granos que había, se resolvió llevar á cabo la conquista de Baeza, donde tenia su córte el Zagal; el cual no solo poseia aquella importante ciudad, sino que tenia el rico puerto de Almería, la ciudad de Guadix y algunas otras, sin contar las Alpujarrás, sierras ricas en minerales, y cuyos habitantes, célebres por la perfeccion á que habían elevado los ingénios de la seda, eran tambien famosos por su valor en los combates.

La parte más opulenta y fuerte del imperio árabe era la que obedecia al Zagal.

La corte pasó á Jaen.

El rey se adelantó al frente de numerosas fuerzas, proponiéndose sitiar el castillo de Cujar, situado á muy corta distancia de Baeza.

No tardó en rendirse esta fortaleza, y en el momento mismo en que tomaba posesion de ella el rey, recibió la agrada-

ble sorpresa de encontrar á Colon al lado de los capitanes que le habían ayudado á conseguir aquella conquista.

Reconociéndole en seguida:

—¿Cómo aquí? le preguntó. Yo os hacia en Sevilla.

—Bien sabe vuestra majestad, dijo Colon, que ha sido necesario aplazar para dias mejores el exámen de mis proyectos. Pero lo que vuestras majestades han hecho por mí, los nobles deseos que sienten en mi favor, la gratitud que merece esta patria, me obligan á no permanecer ocioso mientras los que considero mis hermanos pelean por una noble causa; por la causa que no es solo de España, sino de todos los pueblos lealmente católicos.

Guerrero ántes que otra cosa, no pensó el rey que podia malograrse el génio de aquel hombre en las batallas, y en vez de aconsejarle que desistiera de su propósito, le dió empleo en las filas de su ejército.

Colon asistió al famoso sitio de Baeza, que se prolongó seis meses, con gran exposicion de que los Reyes Católicos tuvieran que retirarse, porque los moros se defendian con un heroismo sublime; pero que al cabo fué honrosamente entregada por el príncipe moro su caudillo, Zidi Yahye, el cual más tarde consiguió que el Zagal, viendo lo inútil de sus esfuerzos para contrarrestar el impulso de las armas cristianas, diese pacífica posesion á los Reyes Católicos de Guadix, Almería y otras muchas ciudades y aldeas, con lo cual pudieron rodear á Granada y disponerse á dar con seguridad el último golpe que había de poner fin á la gloriosa campaña de ocho siglos, emprendida con el objeto de reconquistar los dominios que á la nacion ibera habían arrebatado los moros.

Colon, convertido en simple soldado, dió grandes muestras de su valor y arrojo.

En uno de los combates estuvo su vida en gran peligro.

Avanzando con algunos cristianos, se vió sorprendido por

una partida de árabes montaraces, que rodeándolos, les obligaron á batirse con ellos cuerpo á cuerpo.

Colon hizo proezas en aquellos momentos.

Los que le acompañaban sabian cuánto le estimaba el rey, y por la propia estimación que le tenían tambien, resolvieron perecer defendiéndole.

Ya habian caído en tierra, heridos unos, muertos otros, y Colon se batía denodadamente contra dos musulmanes, uno de los cuales parecia ser el jefe de la partida.

¡Momento cruel para aquel génio poderoso, que iba á morir en la oscuridad, columbrando en lontananza la gloria que más tarde uniría á su nombre imperecedero!

De pronto se colocó á su lado un hombre vestido á lo moro, que acababa de llegar precipitadamente al lugar de la pelea.

Blandiendo el alfanje con poderoso brazo, no tardó en matar á uno de los contendientes de Colon, y al verle caer, horrorizados los que le acompañaban, porque era el jefe, se pusieron en precipitada fuga.

Pero ¿cuál era la causa que habia impulsado á aquel árabe, á quien no conocia, á tomar con tanto ardor su defensa?

Alzó los ojos para contemplarle y demostrarle, ya que no con la palabra, con el gesto, la gratitud que sentia hácia él, y recordó que no era la primera vez que veia aquella fisonomía.

—¿No me conocéis? dijo al cabo de algun tiempo su defensor, asombrando á Colon que hablase tan correctamente el castellano.

—En efecto, yo os he visto otra vez. Pero ¿no sois árabe?

—¡Oh! No; mis desdichas me han obligado á pasarme á su bando, pero no se ha extinguido en mi alma la fe de la religion.

—¿Me conocéis?

—Sí.

—¿Dónde me habeis visto?

—En Córdoba.

—¿Córdoba! . . . dijo Colon, haciendo un supremo esfuerzo de memoria para averiguar quién era el desconocido.

—¿Y Rebeca? preguntó con tristeza su interlocutor.

—Sí, sí, ahora os reconozco, exclamó Colon; vos sois Martín Carrasco.

Y le tendió la mano, que el soldado estrechó con efusion.

—Ella me salvó la vida, añadió, y temeroso de la muerte que me aguardaba, quise conquistar el perdón algun dia, y pedí auxilio á los enemigos de mi patria, los cuales me lo dieron creyendo que podria serles útil en las campañas que aguardaban. Pero ánimo ha sido siempre prestar algun servicio grande á mis reyes é implorar su clemencia.

—Ya lo habeis conseguido, dijo Colon; venid, venid conmigo. Me estiman demasiado para no agradeceros el bien que me habeis hecho.

Colon llevó á Martín Carrasco hasta la tienda del rey, y refirió al monarca lo que habia ocurrido.

El soldado fué perdonado, y el mismo rey le colmó de presentes.

Martín Carrasco no habia olvidado á Rebeca.

Ignoraba cuál habia sido su suerte, y queria saberlo.

—¿Qué es ella? ¿Qué es de mi vida? preguntó.

—La infeliz ha consagrado sus dias á la religion.

—¿Ella, que era israelita? . . .

—Se ha convertido á la fe; la reina, entusiasmada por su conducta, la perdonó que os hubiera salvado la vida, y protegió su resolucion de entrar en el claustro. Abjurando de sus errores, profesó el catolicismo, y hoy pide sin duda á Dios en sus contínuas oraciones que os haga muy dichoso.

Dos gruesas lágrimas resbalaron por las tostadas mejillas de Martín Carrasco.

Apesadumbrado por que tenía que renunciar para siempre á la esperanza de su amor, resolvió tomar una parte activa en los combates, ser el primero siempre para hallar una muerte gloriosa; pero la Providencia no quería que muriese, y su denuedo contribuyó á conquistarle el favor del rey.

Aún no se había terminado el sitio de Baeza, cuando llegaron al campamento dos frailes procedentes de Jerusalem, que iban á desempeñar cerca de los reyes una comision que les había confiado el Soldan de Egipto.

Eran dos frailes franciscos conventuales, de una comunidad religiosa de Palestina, que llevaban á los reyes despachos del Soldan, en los que se quejaba de la persecucion que hacian los monarcas Católicos á los moros, persecucion que contrastaba con la benevolencia que él dispensaba á los cristianos reunidos en la Tierra Santa en torno del sepulcro del Salvador.

No contento con hacer estas observaciones, unia á ellas terribles amenazas.

Si los Reyes Católicos continuaban persiguiendo con tanto encarnizamiento á los moros, el Soldan prometia que obraria de la misma manera con los cristianos, saquearia sus conventos y sus iglesias y destruiria el sepulcro de Cristo.

Estas amenazas, que no quebrantaron en lo más mínimo la resolucion de los reyes, produjeron en el campamento una gran sensacion.

No habia uno solo que tuviese noticia de la embajada del Soldan que no se sintiese animado de los más vivos deseos de formar parte de una nueva cruzada para defender las preciosas reliquias del cristianismo y derramar hasta su última gota de sangre por salvar á sus guardadores.

Las amenazas no eran simplemente amenazas.

El Soldan había empezado á manifestarse riguroso con los cristianos, y si por respeto á los reyes los frailes franciscos no contaron sino muy poco de lo que sabian, en cambio á los cristianos que les hablaban referian los atropellos de que eran objeto sus hermanos.

Colon tuvo ocasion de oirles, y un generoso sentimiento brotó de su alma.

Participando del entusiasmo que sentian todos los cristianos y del vehemente deseo de recorrer la Palestina para castigar los desmanes del Soldan, hizo él votos secretos que no olvidó jamas, que recordó en el último momento de su vida, de consagrar, si su empresa se veia coronada por el triunfo, el fruto de sus futuros descubrimientos á los gastos de una cruzada que fuese á arrancar de una vez para siempre de las manos de los infieles el Santo sepulcro.

Los reyes enviaron de nuevo á los mensajeros con la contestacion que daban al despacho del Soldan.

Y para que aquel feroz soberano comprendiera hasta qué punto los Reyes Católicos dispensaban favor á los cristianos de la Palestina, concedieron una pension de mil ducados anuales al convento de aquellos franciscos, y con ellos envió Isabel un rico velo, bordado por sus propias manos, para que lo pusieran sobre el Santo Sepulcro.

Los dos frailes no se volvieron solos á Palestina. Prévio el consentimiento de los reyes, deseoso de abandonar el mundo, en donde nada podia esperar ya, y de poder prestar su firme apoyo á los que se veian amenazados de las persecuciones de los infieles, ó en caso necesario sucumbir á su lado por la religion, Martín Carrasco resolvió abandonar las armas por el Crucifijo, el uniforme militar por el severo hábito de la orden de San Francisco, y en calidad de lego acompañó á los frailes á Palestina.

Antes de partir estrechó entre sus brazos á Colon.

—Mi corazon me dice, exclamó Martin Carrasco al abrazarle, que aún volveremos á vernos en el mundo; que aún podré borrar por completo de vuestra memoria los recuerdos que teneis de mi triste pasado; que aún podré ser digno, á pesar de mis excesos, de la piedad que sin duda alguna tiene de mí aquella infeliz que por mi causa se ha sacrificado, y cuya felicidad no he sabido labrar.

Sus palabras eran en cierto modo proféticas.

Terminada la campaña en que Colon se habia distinguido tanto como guerrero, los reyes entraron triunfalmente en Sevilla, y á las fiestas con que se celebró su llegada siguieron los preparativos de la boda de su hija mayor, la princesa Isabel, con el príncipe don Alonso, heredero presunto de la corona de Portugal.

Con este motivo, aunque eran grandes las ánimos de los reyes en favor de Colon, como siempre, tuvieron que aplazarse las resoluciones pendientes.

El matrimonio de los príncipes se celebró en la primavera de 1490, y duraron mucho tiempo los festejos, los torneos y las procesiones en manifestacion del júbilo general.

¡Misterios de la vida!

Colon tuvo que vivir algun tiempo en Sevilla del producto de los mapas y globos, que no tuvo más remedio que volver á fabricar para ganarse el sustento.

Con los triunfos, con los festejos, parecian haberse olvidado de él los monarcas, y un sentimiento de dignidad impedia á Colon acercarse á ellos para que recordasen su persona.

En efecto, el que habia desechado las proposiciones de los reyes de Portugal y de Inglaterra; y que movido por su amor á aquella patria, á la que tan caro habia pagado su hospitalidad; y que, por último, se habia batido al lado de las huestes

cristianas exponiendo su vida en cien combates, merecia presentándose, como se habia presentado á los reyes, no como un hombre vulgar, sino como un génio privilegiado, más consideraciones que las que le tuvieron en aquella época de su vida.

Su amigo fray Diego de Deza tuvo que socorrerle con su bolsa muchas veces para que el gran Colon no sucumbiese á la miseria.

¡Y lo que es el mundo!

Los que miéntras gozaba del favor de los reyes le miraban con atencion, le profesaban algun respeto al ver que por efecto de las circunstancias le habian olvidado, no solamente le miraban con indiferencia, sino que le exponian á los mayores sarcasmos, haciendo creer á los ignorantes que era un pobre maniático, y á los maliciosos que era un aventurero.

Hasta los niños, al verle cruzar por la calle, mirándole con miedo apenas pasaba, unos á otros se daban á entender que aquel hombre estaba loco.

La incertidumbre de Colon fué entónces mayor que nunca.

Sin recursos, no tuvo más remedio que volver á Córdoba y recibir de nuevo hospitalidad en el convento de Mercenaríos.

Beltran é Inés, que continuaban cuidando con paternal cariño al hijo de Beatriz y de Colon, ignoraban su desgraciada suerte, porque Colon habia pedido á fray Pedro Antunez que les ocultase su verdadero estado, y él, siempre que tenia ocasion, les escribia manifestándoles la proteccion que le dispensaba la corte.

No queria mermar en lo más mínimo la fortuna de su hijo.

No queria que los antiguos servidores de su bien amada Beatriz pudiesen verle en situacion tan desastrosa.

Los reyes resolvieron llevar á cabo una expedicion á la Vega de Granada, con ánimo resuelto de no levantar el campo

de los alrededores de aquella capital hasta clavar el lábaro santo en las almenas de la Alhambra.

La expedición partió, y ni una palabra, ni una esperanza recibió Colon de los reyes.

Su desesperación llegó al colmo.

Era imposible permanecer en aquella ansiedad.

Su paciencia se acababa.

El mismo bronce llega á derretirse bajo la influencia del fuego, y fuego era la indignación que había en el pecho de Colon.

Sin recurrir, como lo había hecho en otras ocasiones, á sus protectores; sin pedir consejos á sus buenos amigos fray Pedro Antunez y fray Diego de Deza, porque estaba seguro de que la piedad de estos virtuosos varones mitigaría su ardor, escribió á los reyes una carta impregnada de amargura, pidiéndoles con arrogancia una contestación decisiva, resuelto como estaba á abandonar á España, para que los que tanto le habían hecho sufrir no tuviesen el gozo de verle padecer en los brazos de la miseria.

Ante aquella manifestación, no la reina, que no le había olvidado, pero que conocía que no era aquella ocasión oportuna de protegerle, sino el rey, que sentía despertarse de nuevo en su alma el deseo de las conquistas que ofrecía Colon, dió orden terminante á fray Fernando de Talavera para que celebrase una conferencia definitiva con los hombres de ciencia, y les pidiese inmediatamente su informe sobre los proyectos de Colon.

Un mensaje enviado al ilustre genovés puso en su conocimiento este acuerdo de los reyes y le pedían que aguardase un poco de tiempo más, ántes de llevar á cabo su resolución.

El obispo de Avila, que no había aún mudado de opinión respecto al ilustre marino, obedeció lentamente la orden de

sus soberanos, y después de celebrar la conferencia, declaró á los reyes que la opinión del consejo era contraria á los deseos de Colon: que el proyecto era quimérico, impracticable, y que no podía convenir á esos monarcas que tanta gloria alcanzaban en sus empresas una en que podían perder, si no crecidas cantidades, al ménos su prestigio á los ojos de todo el mundo.